

(...Viene de la Página 5)  
nito, si cabe, alguna vez y para referirnos a alguna niña. Bello, solemos emplearlo cargándolo con un cierto tilde de homosexualidad. Pero decimos hermoso alargándolo, pronunciándolo con énfasis, con acento en la “mo”.

Quisiera explicar entonces cuáles son, a mi forma de ver, los motivos que llevan a ello, y exponer dos razones que logran que el lenguaje se vea modificado en algunas regiones y que se lleguen a implantar unas elocuciones, eligiéndolas en detrimento de otras. Hablemos primeramente de la popular cultura escolar, más arraigada en el norte que en nuestra tierra, hay que reconocerlo, y de una mayor asistencia escolar, lo que conlleva una mejor riqueza de vocabulario, que además se mantiene, o se incrementa, al estar los pueblos más cercanos y haber más contacto entre ellos.

Igualmente influye de manera determinante la configuración del paisaje. Así un valle es casi siempre de una gran belleza. El rey Abenabet hizo plantar en Córdoba infinidad de almendros para que su esposa Rubaiquia al verlos florecer por febrero pudiera contemplar un bello paisaje nevado. O cuando a finales de marzo alguien se acerca a admirar el valle del Jerte por la inmensa belleza de sus cerezos en flor. Y extasiarse ante un amanecer o una puesta de sol en el mar, algo realmente bonito. O es igualmente bonito si de noche “*la luna en el mar, riela...*”. Sin embargo, al otear el océano de nuestras viñas allá por junio, podremos decir que es algo realmente hermoso. La enormidad de nuestra llanura nos hace utilizar un lenguaje quizás más prosaico, pero no menos excelente. Pensemos que en una orquesta sinfónica es tan necesario el sonido grave del trombón, como el virtuoso del violín. Y que, para comprender ampliamente un idioma, hay que escuchar a todos los hablantes y no sólo a los de exquisito verbo. Dijo Tagore que el bosque sería muy triste si sólo cantasen los pájaros que mejor lo hacen. Y llevaba razón. Como siempre.

Así pues reconozcamos orgullosos que, influenciadas por legados y costumbre, por clima y por paisaje, nuestra forma de vivir, como nuestro hablar, no es ni bonita, ni bella, sino que es ancha y llana; como ancha y llana es la luz de nuestro cielo; al igual que llana y ancha es la manera de trabajar de nuestras gentes, y del mismo modo que ancha y llana es el alma de los que aquí vivimos. Y que por ello, y por encima de todo, nuestra querida Mancha es ancha, llana y muy, pero que muy, hermosa.

# El mundo clásico en *El Carnaval* de García Pavón

José Ignacio Andújar Cantón

Numerosos temas y tópicos de la literatura clásica se repiten a lo largo de las narraciones policíacas de García Pavón, dando así una clara unidad a todas ellas. Sin lugar a dudas no es casual la presencia de estos temas en un autor amante de los clásicos, sino que responde a su deseo de que los lectores reviviéramos el mundo grecolatino a la vez que disfrutáramos de las andanzas de unos personajes actuales por tierras manchegas en las que el paso del tiempo parece detenerse. Y esta conjunción es lo que hace grande y único a García Pavón.

En el presente artículo comprobaremos la presencia del mundo clásico en una de sus primeras narraciones “pliniescas”, *El Carnaval*, publicada por primera vez en 1968, si bien citaremos las páginas de esta obra a partir de la edición de 2007 de Rey Lear. El mundo clásico está ya presente en el tema principal de *El Carnaval*, el de *eros* y *thanatos*, la unión del amor y la muerte. Dicho tema es una constante en toda la obra de nuestro autor, y aquí en concreto lo hallamos en un doble nivel. Por un lado los dos crímenes que se cometen son consecuencia de unas relaciones sexuales adúlteras, y por otro lado el Carnaval representa a *eros*, el desenfreno, mientras que las muertes y la Cuaresma que ensombrecen a Tomelloso (p. 95) representan a *thanatos*, que rompe la alegría del pueblo y sus gentes. Y esta dualidad queda magistralmente reflejada al inicio de la obra cuando el asesino se encuentra junto al cementerio y el autor contrapone los muertos y el Carnaval (p. 75). Será en el siguiente Carnaval cuando Plinio resuelva los asesinatos, uniendo de nuevo a *eros* y *thanatos*.

Incluso el vino, presente en todos los relatos policíacos de García Pavón asociado al *carpe diem* y como medicina de las angustias, recordándonos a Horacio, sufre aquí esa dualidad de la que hablamos, ya que es el elemento principal de la alegría del Carnaval (pp. 78 y 85), pero que su ingesta en grandes cantidades pasa a considerarse en un primer momento como detonante de uno de los asesinatos (pp. 84 y 101), llegándose incluso a compararse la necesidad de beber con la de matar (p. 101).

Y unido a la muerte encontramos el tema clásico del *tempus fugit*, otra constante en García Pavón, pues sus personajes son conscientes de la caducidad de los placeres terrenales (p. 112) y de la fugacidad del tiempo (pp. 118 y 147), que todo lo devora (p. 113), preguntándose muchos de

ellos dónde ha ido lo que se poseía en la juventud, como Doña Carmen, que añora enfermizamente a su novio muerto (pp. 103, 107, 114, 129 y 151), a quien Plinio le hace recordar sus tiempos felices (p. 102), y que a su vez logra que el policía rememore también aquellos momentos (p. 99). Y así Tomelloso evoca una Arcadia perdida y contemplada a través del velo de un recuerdo melancólico, personificado todo ello en los personajes que añoran los momentos vividos.

Pero no todos los temas clásicos presentes en esta obra son negativos, ya que hallamos por doquier el famoso tópico del *carpe diem*, sobre todo si tenemos en cuenta que gran parte de ella se desarrolla en pleno Carnaval, momento propicio para el deleite. García Pavón hace que sus personajes disfruten del momento al asistir a sus compromisos diarios sabiendo gozar de cada instante liando sus cigarros (p. 146), empezando el día desayunando en la buñolería de la Rocío (pp. 146 y 165), o fumando un puro en el Casino durante la sobremesa (p. 166). Incluso cuando Plinio va a interrogar a D. Onofre lo encuentra en el acto cotidiano del disfrute de una refinada y exquisita merienda (p. 96), ágape que le hará a nuestro policía reflexionar sobre las diferencias sociales (p. 97).

El mismo Plinio nos acerca al mundo clásico, ya que es admirado por sus vecinos como un héroe infalible (pp. 96 y 145), de enorme valía (p. 103) y en el que se tiene una gran fe (p. 96). Pero esta admiración es desmesurada en D. Lotario, sin duda porque siempre está cerca del policía ayudándole y conoce mejor que nadie sus cualidades, y así se refiere a Plinio como *maestro* (p. 165), e incluso como *oráculo* (p. 127), término clásico que evocaría respeto religioso hacia alguien que todo lo sabe. Como contraposición a este tratamiento de héroe encontramos en Plinio el tópico de la *aurea mediocritas* en un aspecto presente en diversos autores clásicos, la inestabilidad de los altos cargos y los vaivenes del poder. Todo ello le afecta, ya que él es feliz ejerciendo de policía en su pueblo admirado por todos, pero a veces esa admiración, esa fama, hacen que la gente se fije demasiado en él y no pueda trabajar a gusto (p. 96) y se le exija demasiado (p. 132). Acepta de mala gana los laureles del éxito, ya que lo que le interesa es lo cotidiano, reflejado en su sueldo (pp. 132 y 153), que es con lo que vive, no con el prestigio y los cargos, cosas que considera banales (p. 97).

El Carnaval, su desenfreno asociado al vino, los espectáculos callejeros (pp. 77 y 80), también nos acercan al mundo clásico, en concreto al teatro, ya que en Grecia era un género literario asociado en sus inicios al dios del vino, y en Roma existían las atelanas y los mimos, representaciones populares que se celebraban en las plazas convirtiendo la ciudad en un enorme escenario, igual que el Carnaval a Tomelloso, lo que el asesino aprovecha para disfrazarse y ocultar su identidad (p. 79), como hacían los actores clásicos con las máscaras.

Y Tomelloso nos trasladará también al mundo clásico cuando García Pavón, al igual que Horacio, haga de la vendimia algo mágico capaz de transmitir al ambiente del pueblo y al estado anímico del hombre la expresión de alegría de la naturaleza, pues logra mitigar el dolor y que renazcan los ánimos del viudo D. Onofre (pp. 126 y 130), quien aprovecha el júbilo de la vendimia como motivo y ocasión para salir de su casa y abandonar el luto.

La boda concertada de D. Onofre y Doña Carmen, sin que existiera amor entre ellos, orquestada por las familias debido a intereses económicos (p. 115), nos hace asociarla a las uniones de la Antigüedad.

También hallamos algunos términos en los que constatamos la presencia del mundo clásico, como *bandetóforo* (p. 76) para designar al tuno que llevaba la pandereta; *quirio* (p. 87) para jaleo y griterío, tomado sin duda del canto eclesiástico del *kyrie eleyson*, que resuena en las iglesias con fuerza tras unos momentos de silencio; *desafueros báquicos* (p. 95) para los desenfrenos motivados por el vino; o *quimeras* (p. 115) para sueños inalcanzables.

En cuanto a los personajes, el sorprendente carácter de Joaquineta (p. 158), primero sumiso, pero luego decidido dirigiendo la situación, nos recuerda al de Bruto del legendario episodio clásico de Lucrecia. En los nombres con sabor clásico vemos el peculiar sentido del humor de García Pavón, pues en ellos combina su valor parlante con un contraste jocoso, y así el asesino se llama Inocente (p. 116), o la criada llamada Ambrosia anuncia el amortajamiento de Doña Carmen con voz de misa (p. 117).

Concluimos afirmando que el mundo clásico está presente en la obra policíaca de García Pavón modelando un Tomelloso particular que podemos recrear y saborear en cada página de nuestro excepcional autor.